

## CAPITULO XIII.

CURACION MARAVILLOSA DE DOS CIEGOS, Y DE UN MUDO Y ENDEMONIADO.

La fama de Jesús y su inmensa caridad y misericordia se habían extendido tan prodigiosamente por todas partes, que aun de las ciudades gentiles é idólatras salían toda clase de enfermos y le buscaban con ansia para encontrar el remedio á sus dolencias. Su entrada en las ciudades casi nunca podia ser oculta, porque siempre le precedía y seguía una confusa multitud que muy de lejos iba anunciando su marcha; y así como al salir de la casa del Jairo se encaminase á una ciudad donde al parecer queria pasar la noche, avisados por el rumor de las gentes dos ciegos que se hallaban en el camino pidiendo limosna, fueron en su seguimiento, y clamando con dolorida voz, pero con fuerzas, le decian: *Hijo de David, tened piedad de nosotros.*

Fama era y opinion muy vulgar y corriente entre los judíos, que Cristo habia de nacer de la descendencia de David segun la carne, y esta misma opinion y fama se habia divulgado entre los gentiles; por lo que estos dos ciegos que la tradicion tuvo siempre por gentiles, daban á Jesús el nombre de *hijo ó heredero de David*, porque con él imaginaban lisonjearlo mas que con otro alguno, trayéndole á la memoria la grandeza de su nacimiento y sus derechos al trono.

Así le llamó tambien algun tiempo después la Cananea; y lo que mas convence es, que su Majestad se portó puntualmente con los dos ciegos del mismo modo que con aquella mujer extranjera. La intensidad de su deseo, dice el Crisóstomo [1], se manifestaba en su clamor y en la humilde, pero fervorosa interpelacion que le dirigian; pues no se acercaron simplemente, sino clamando á voz en grito y pidiendo misericordia.

Es muy digno de advertir que mientras estuvo rodeado el Salvador de los judíos que le hacian la corte, parecia no hacer caso de los dos suplicantes: no les respondió cosa alguna, antes bien como que diese muestras de que no queria escucharlos. Puede ser que este aparente desvío de Jesús fuese para probar su fe; pero lo cierto es que ellos no creyeron fuese esto una negativa del favor que suplicaban, sino un disimulo que provenia del amor mas bien que de dureza de un corazon tan propenso á usar de misericordia: por esto no se desanimaron, sino que le siguieron constantes; y habiendo llegado al término de la jornada, dieron lugar á que se apartase la muchedumbre; y luego que el Salvador entró con sus discípulos en la casa donde debia hospedarse, no tuvieron rubor alguno de presentarse á él con la mayor confianza.

Seria hacer un agravio muy grande á Jesús y negarle en cierto modo uno de sus atributos mas característicos, creer ó pensar que no habia tenido que hacerse como una especie de violencia, no deteniéndose en el camino para oír y despachar pronta y benignamente la ardiente súplica de los dos desventurados, porque veía bien la disposicion de su corazon y conocia la sinceridad y firmeza de su fe; pero queria que diesen de ella otro testimonio mas explicito, á fin de mostrar cuán necesaria es esta confianza y fe en los que esperan recibir de él gran favor extraordinario. Recibiéolos con aquella benignidad y dulzura que era tan original, y á presencia de todos les preguntó: *¿Creéis que yo puedo hacer en vuestro favor lo que me pedís?* Sí, Señor, respondieron ellos sin dudar ni detenerse; sí, lo creemos firmemente. Pues si es así, continuó el Salvador tocándoles los ojos con su mano omnipotente y divina, hágase con

[1] Div. Crisostom. Hom. 33 in Math.

vosotros vuestra fe, y gozad del bien que habeis esperado; el efecto siguió á las palabras, pues al momento se les abrieron los ojos. No solo le habian llamado hijo de David, sino que levantando much<sup>o</sup> mas arriba su pensamiento y su fe, le habian confesado Señor, que es nombre que significa autoridad y poder [1]. A la confesion de la boca siguió el tocamiento de la divina piedad, y á esta la iluminacion [2]; porque así como la fe les habia iluminado el entendimiento, así el tacto de Jesús les restituyó la luz de los ojos. Ved ahí cuál es el mérito de la fe de los que crean simplemente que merece el otorgamiento de tantos dones y el aumento de las virtudes, para que se verifiquen que todas las cosas son posibles al que cree. Concedióles el Señor la gracia, pero les prohibió altamente el que la publicasen.

No se duda que los dos ciegos habian sido suficientemente iluminados en su entendimiento para que conociesen á Jesús, y este conocimiento les descubrió todo el objeto del precepto que acababa de imponerles: llenos de gozo, gratitud y reconocimiento á la generosidad de su bienhechor, lo interpretaron como una insinuacion propia de su humildad y modestia, atribuyéndola mas al desprecio del honor mundano que podia resultarle de la publicacion del milagro, que á un verdadero mandamiento de callar lo que tan digno era de ser publicado, como lo indicaban al parecer las mismas palabras del Salvador: *Ved, que nadie lo sepa.* Pues Señor, ¿no somos nosotros dos hombres bastante conocidos en toda esta tierra? Por las ciudades, villas, aldeas y caminos hemos pedido limosnas públicamente, y todos nos han conocido ciegos, ¿y no quereis que nadie sepa que hemos recobrado la vista? ¿Pues no lo verán las gentes? ¿Ignoran acaso que pisais vos esta tierra, en la que derramáis tan abundantemente vuestras misericordias? ¿Podrán creer que habiendo clamado y acudido á vos, no seais el autor de tanto bien? Si vuestra modestia y humildad os incitan á mandarnos que callemos, ya conocéis que la ocultacion del beneficio es imposible; nuestra gratitud nos fuerza á que le publiquemos. Este mismo fué el pensamiento de san Gerónimo, y así dijo [3]: Huyendo el Señor los aplausos y

[1] Div. Crisost. Ibid.

[2] Raban. in cap. 9 Math.

[3] Div. Hieronim. in Math. cap. 9.

la vanagloria, les impuso silencio; pero ellos, en memoria de la gracia recibida, no podian callar el beneficio. Dios prohíbe buscar la gloria vana; pero no prohíbe anunciar sus grandezas, sus misericordias y su gloria. Jesús les mandó callar por evitar lo primero; pero no condenó el que con la manifestacion de una gracia que no podia ocultarse se diese gloria á Dios su Padre y se procurase la salud del prójimo; así fué que tan luego como salieron de la casa y de la presencia del Salvador, corrieron á publicar por todo el mundo lo que les acababa de suceder: sus ojos abiertos y claros hablaban mas clara y abiertamente que ellos, y el autor de este gran milagro se adivinaba por todos con la mayor facilidad.

Alegórica y espiritualmente tienen estos dos ciegos grandes interpretaciones que no pueden disimularse. Con respecto á lo primero, designan los dos ciegos los dos pueblos judío y gentil, uno y otro ciego sin conocer la luz de la verdad; y pasando el Señor, que era la luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, por los caminos de este mundo mismo, no podia dejar de alumbrar al uno y al otro para que entrambos viniesen á la luz, esto es, á la Iglesia santa, y oyendo las palabras del Señor creyesen, y creyendo, recibiesen la luz de la fe y de la verdad; pues en esta misma Iglesia á que vino Cristo por la carne, son iluminados por la fe de Cristo encarnado; y los que creyeron la encarnacion y venida de Jesucristo, la divulgaron por todo el mundo, y de los creyentes de todas las naciones formaron un solo pueblo cristiano y fiel, simbolizando la unidad de la santa madre Iglesia, fuera de la que no hay salvacion. Con respecto á lo segundo, esto es, espiritualmente, designan los dos ciegos el entendimiento y la voluntad. El entendimiento tiene dos ojos: el derecho es la fe de la dignidad, el izquierdo la fe de la humanidad. Y la voluntad tiene tambien otros dos: el derecho es el amor á la bondad ó la gloria divina, y el izquierdo el temor de la justicia y del fuego eterno. Así tambien es de cuatro maneras la ceguedad espiritual: la primera es el error acerca de la Divinidad; la segunda el error de la humanidad; la tercera es la malignidad que desprecia la bondad y la gloria divina, y la cuarta es la vana presuncion que desprecia las llamas del fuego eterno y desconoce y no teme la justicia divina. Solo en el se-

no de la Iglesia y á la luz de las verdades que ella nos enseña se destierran estas ceguedades. Por esto Jesús no iluminó los ciegos en el camino, esto es, en el mundo, sino en la casa, esto es, en la Iglesia, en cuyo seno todo es luz, claridad y verdad, y fuera de la que todo es engaños, tinieblas y error [1].

No fué este milagro el solo que obró Jesús en el mismo paraje y en el propio día. Habiéndose retirado los ciegos, le presentaron los habitantes de la ciudad á un hombre mudo y poseído del demonio. Como era israelita, no dilató el Salvador usar con él de misericordia, y quiso hacerlo á presencia de todos. Lanzó el demonio, desató la lengua al mudo, y este empezó á hablar. Sin duda que sus primeras palabras serian expresiones de reconocimiento y gratitud. No es extraño que hablase tan luego como arrojó el Señor el demonio de su cuerpo, porque no era mudo de nacimiento, sino por la opresion en que lo tenia el espíritu maligno [2]; y quitada esta, pudo hablar como antes. Guardóse en esto el órden natural de las cosas, pues arrojado primero el espíritu malo, sucedieron los demás oficios regulares del cuerpo [3]. Por lo que mira á las turbas que en gran número se hallaban presentes, quedaron llenas de admiracion y se decian los unos á los otros: *Jamás hemos visto en Israel cosa semejante, ni se ha dejado ver entre los hombres quien obre tan grandes maravillas.*

¡Cuán diferentes fueron empero y encontrados los afectos que estos mismos prodigiosos tan grandiosos y admirables causaron en el corazón de los doctores soberbios y fariseos envidiosos! Si ellos no se hubiesen mezclado siempre entre las turbas con ánimo é intencion perversa, este lenguaje de piedad, admiracion y alegría, hubiese sido universal en cada uno de los milagros que obraba el Salvador; pero animados del espíritu de soberbia contra su Majestad, confundidos por su doctrina, desautorizados por su omnipotente virtud y desesperados de verle obrar milagros que ni podian negarse ni desfigurarse, se empeñaron obstinadamente en decir que estaba poseído del espíritu infernal y que lanzaba los demonios en el nom-

[1] Div. Crisost. Hom. 27 Oper imperfect.

[2] Div. Crisost. Hom. 33 in Math.

[3] Div. Hilari. Canon. 9 in Math.

bre del espíritu de las tinieblas. Las turbas, esto es, los sencillos y devotos, confesaban las obras de Dios; pero los fariseos, acechadores y calumniosos, calumniaban las obras de Dios y atribuian á la virtud de los demonios su propia expulsion de los cuerpos [1]. Negaban las obras del Señor que podian, y las que no podian las echaban á mala parte; y cuando no podian negarlas, las calumniaban diciendo: Que no eran hechas por virtud propia ó por la de Dios, sino por la del demonio [2].

Si se examina con atenta escrupulosidad este pasaje del Evangelio, se verá que en la sencilla confesion de las turbas está misticamente representada la fe sencilla de las naciones al anunciarles el Evangelio de la caridad y de la paz; confesando sinceramente á Jesucristo su divino autor y fundador de la Iglesia santa, en cuyo seno amoroso se ven por la misma fe introducidas, y en la malicia de los fariseos está simbolizada la infidelidad del judaismo; y así como en los dos ciegos significaron los dos pueblos, el judío y el gentil, así en el mudo y endemoniado se prefiguró todo el género humano; así es que los primeros anunciadores y predicadores del Evangelio ofrecieron al Señor el hombre mudo, esto es, el género humano mudo en la confesion de la fe y poseído del demonio, porque estaba entregado á la idolatria. Se lanzó el demonio y se desterró esta, y lanzado, habló el mudo y confesó á Cristo. Mudo está tambien y poseído del demonio cualquiera pecador que se halla en pecado mortal. Ofrécese á Dios para que sea curado cuando los justos ruegan por él, y se arroja el demonio de su cuerpo mediante la infusion de la gracia con que Dios le visita en la contricion y confesion de sus culpas; entonces se le desata la lengua, confiesa sus pecados y publica las misericordias y grandezas del mismo Dios. Pero los fariseos, que atribuian estas curaciones tan repentinas y milagrosas á la virtud del principe de los demonios, son todos los hombres que procuran menoscabar y destruir el mérito y virtud de las buenas obras de los demás.

No desconocía ni ignoraba Jesús lo que estos ciegos espíritus y corazones endurecidos publicaban contra él; pero esperaba ocasion

[1] Remigius in Math.

[2] Div. Hieronim. in cap. 8 Math.

todavía mas favorable para confundirlos: en vano cerraban sus ojos para no ver la luz hermosa del luminoso Sol de justicia que á su vista tenían, y no perdonaban calumnias y blasfemias para inutilizar todos sus trabajos y oscurecer, y disminuir su altísima reputación y bien merecida gloria, porque ellos no querían ser salvos: con todo, tanta malignidad de parte de sus enemigos no le impedía obrar en todas ocasiones curas milagrosas; con cuyo designio continuó su marcha á Jerusalem ejercitándose siempre en los mismos oficios de caridad y celo con que iba atrayendo al paso una multitud innumerable de hombres y mujeres que le seguían jornadas enteras, hasta rendirse de fatiga y echarse en los caminos como ovejas sin pastor. No desaprovechó el Salvador una tan bella ocasion para dar á sus apóstoles las mas importantes lecciones, y en su consecuencia les manifestó con claridad que habia llegado ya el tiempo de repartir á todos los pueblos con profusion la doctrina de la salud y de la vida eterna, porque era mucha la mies y pocos los obreros; y que era ya preciso rogar al Señor del campo para que enviase trabajadores que lo limpiasen y cuidasen.

¡Oh! ¡qué digna es de admiracion esta tan heroica y excelentísima caridad! En esto consiste toda la gracia de su perfeccion, en procurar uno ser mas útil y provechoso á los demás que á sí mismo. Acudamos pues, dice el Crisóstomo, á este tan piadoso Samaritano [1], á este tan solícito pastor, á este tan cariñoso, activo y saludable médico, en todas nuestras necesidades, tanto de alma como de cuerpo. De él solo se ha de esperar la salud; á él solo se ha de pedir y solo en él se ha de colocar toda nuestra esperanza, porque solo él conoce y sabe lo que mas nos conviene. Bueno es que no cuidés de la salud del cuerpo, sino que á Dios la pidas; si te conviene te la dará, y si vieses que no te conviene te la negará [2]; aunque alguna vez nos azote ó castigue en el cuerpo, roguémosle con humildad. Esto os digo, hermanos míos, para que nadie busque ni pretenda buscar otra cosa fuera de los auxilios de la gracia de Dios. El permite que vengan sobre nosotros tentaciones y tribulaciones; él sabe cuánto tiempo deban durar; él conoce su principio y su fin,

[1] Div. Crisost. Hom. 33 in Math.

[2] Div. August. in Math. cap. 6.

su entrada y su salida; así pues sufrámosle con paciencia: á él solo recurramos, y pongamos todas nuestras cosas bajo su protección y providencia. Por lo que continúa el Crisóstomo [1]: Oremos con diligencia y fervor, y si no recibiésemos lo que pedimos, continuemos en la oración, seguros de que recibiremos; muchas veces se complace en diferir el otorgamiento de lo que le rogamus, y en vez de gracias nos sobrecarga de tribulaciones, para que acudamos á él mas continuamente y de su presencia nunca nos apartemos; pues si cuales somos en la tribulación así fuésemos en el sosiego y el descanso, nunca necesitaríamos ser corregidos con las aflicciones; pero sepamos que los que consiguieron mas bellas y resplandecientes coronas, las merecieron en premio de las tentaciones y tribulaciones que sufrieron: las padecieron con constancia y amor y así se coronaron. Glorifiquemos pues en todas las cosas á Dios, que en todas las necesidades nos provee oportunamente y todo lo hace por nuestro bien; firmemente seguros que si despreciásemos y venciésemos todas las acechanzas y tentaciones que se oponen á la virtud y perseverásemos en ella, conseguiremos inmarcesibles coronas.

#### ORACION.

*Señor mio Jesucristo, luz de claridad indeficiente, ilumina los ojos de mi alma para que nunca se duerma con el sueño pesadísimo de la muerte y condenacion eterna; é iluminado con tu gracia vea siempre lo que tengo de obrar, y ayudado por ella convalezca de la enfermedad de la culpa y cumpla debidamente todo lo que hubiese visto y entendido lo que tengo de hacer; y así anuncie tus misericordias y beneficios para gloria tuya y provecho de mis prójimos. Abre, Señor, tambien por la infusion de tu gracia, mi boca muda por mis pecados; desata mi lengua para que anuncie tus bondades, y recibida la gracia de poder hablar, sea lo primero el acusador de mi mismo. A ti, Dios mio, alabe, á mi prójimo edifique y sola la verdad y tus grandezas predique. Amen.*

NOTA. La historia de este capítulo se halla en el IX de san Mateo, desde el versículo 29 al 38, ambos inclusive.

[1] Div. Crisostom. Ibid.

La Iglesia no lo usa como propio de la misa de alguna dominica ó feria del año; sin embargo, se pone y dice así:

## EVANGELIO DE SAN MATEO.

## Cap. IX, vs. 29 al 38.

En aquel tiempo, partiendo Jesús de aquel lugar, le siguieron dos ciegos gritando y diciendo: Hijo de David, ten compasión de nosotros. Luego que llegó á casa, se le presentaron los ciegos y Jesús les dijo: ¿Creéis que yo puedo hacer eso que me pedís? Dícenle: Sí, Señor. Entonces les tocó los ojos diciendo: Segun vuestra fe, así os sea hecho. Y se les abrieron los ojos; mas Jesús les conminó diciendo: Mirad que nadie lo sepa. Ellos sin embargo al salir de allí lo publicaron por toda la comarca. Mas habiendo salido estos, le presentaron un mudo endemoniado; y arrojado el demonio habló el mudo, y las gentes se llenaron de admiración y decían: Jamás se ha visto cosa semejante en Israel. Los fariseos al contrario decían: Por arte del príncipe de los demonios expelle este los demonios. Y Jesús iba recorriendo todas las ciudades y villas, enseñando en sus sinagogas y predicando el Evangelio del reino de Dios, y curando toda dolencia y toda enfermedad. Y al ver aquellas gentes se compadecía de ellas, porque estaban mal paradas y tendidas como ovejas sin pastor. Entonces dijo á sus discípulos: La mies es verdadera-mente mucha, mas los obreros son pocos. Rogad pues al dueño de la mies que envíe á sus mies operarios.



## CAPITULO XIV.

ENVIA JUAN BAUTISTA DOS DE SUS DISCIPULOS HALLANDOSE EL EN LA CARCEL, PARA QUE PREGUNTEN AL SALVADOR SI EL ES EL MESIAS PROMETIDO: CONTESTALES JESUS SATISFACTORIAMENTE Y HACE EL ELOGIO DE SU SANTO PRECURSOR.

Era tan pública la fama de Jesús, que no quedaba ciudad, villa ó aldea, tanto en Judea como en Galilea, Samaria, y una gran parte de la Siria, donde no hubiese personas que hubiesen recibido beneficios de su mano, siempre misericordiosa y liberal. Los discípulos de Juan, estimulados por la envidia mas que por el deseo natural entonces de aplaudir á Jesús, le llevaban todos los días á la cárcel donde se hallaba, noticias de los milagros que obraba; mas deseoso el santo precursor de sanar la llaga del corazón de los suyos que de conseguir por medio de un milagro su libertad, envió dos de sus discípulos al Salvador para que preguntasen: *¿Eres tú aquel que ha de venir, el Mesias ó Salvador del mundo, ó todavía tenemos que esperar á otro?*

No hay duda que un hombre que resucitaba los muertos, daba vista á los ciegos, sanaba los tullidos y tenia poder sobre los demonios, hubiera podido muy bien, y á poca costa, quebrar las cadenas que oprimian á su preconizador y pariente; y concederle la libertad que la injusticia de Herodes le negaba; pero nunca hubieran los discípulos de Juan reconocido su ignorancia ni depuesto su indiscreto

eolo, si no hubiesen tenido un maestro tan ilustrado y humilde; y cuando ellos creían que este había de participar del espíritu de rivalidad que les animaba, se admiraban de que oyese las maravillas que le contaban, con aquel gusto y contento que inspira á un buen siervo la gloria de su Señor; y su admiración rayaba en espanto cuando conocían que lo aplaudía todo, sin poner la mira en alguna correspondencia ó retorno interesado por lo que miraba á su persona; mas esto era porque se habían olvidado de que Juan conocía á fondo á Jesús, no solo porque encerrado en el útero materno se había alegrado de su visita, pues que con ella le había santificado, sino porque cuando el Salvador fué á recibir su bautismo, Juan le había dicho públicamente: *Tú, Señor, vienes á mí para que te bautice, y yo soy el que debo ser bautizado por tí*; porque entonces había visto la paloma que descendió sobre su cabeza y oído la voz del Padre que dió testimonio de la divinidad de su Hijo; y porque después él mismo lo había manifestado claramente á todos ellos diciéndoles en ocasión que el Salvador se les acercaba: *Ved ahí el Cordero de Dios; ved ahí el que quita los pecados del mundo*: y Juan quería que no solamente no olvidasen todas estas cosas, sino que se aficionasen cada día mas á Jesús y que se contasen en el número de sus verdaderos discípulos; deponiendo todas las dudas, por desgracia de aquel país harto comunes en él, que los judíos carnales habían esparcido sobre las señales y carácter del verdadero Mesías.

Largos y elocuentes son los comentarios que sobre este pasaje hacen los padres y doctores de la Iglesia. San Agustín [1] dice: Que enviando Juan sus discípulos á Jesucristo para que supiesen y de él mismo aprendiesen quién era, fué lo mismo que si les hubiera dicho, id y decidle, no que yo dudo, sino que él mismo os instruya en lo que acostumbro á decir: oíd de su boca lo que habeis oído de la mía; y lo que habeis aprendido de la del pregonero, confirmelo en vuestros corazones la sentencia del Juez. Juan no procuró su ilustración [2], sino desterrar la ignorancia de sus discípulos, para que supieran que él no había predicado ni anunciado á otro, sino aquel

[1] Div. August. Inquisition, ex Nuevo Testament. q. 14.

[2] Div. Hilari. Can. 11 in Math.

á quien les enviaba; y confrontando sus dichos con la autoridad y poder de Cristo, se convenciesen de que no habían de esperar á otro, puesto que sus obras daban un tan público testimonio de su divinidad. Juan en la cárcel no ignoraba que no estaba muy lejos el día de su muerte [1]; y quería unir íntimamente sus discípulos á Cristo, de la misma manera que estando un cariñoso padre cercano á la muerte, quiere dejar encargados sus tiernos y queridos hijos á un tutor fiel; pues deseaba con ansia que aun viviendo él creyesen firmemente en Jesucristo y nada de él dudasen; porque así como un buen padre cercano á la muerte espira mas tranquilo si deja á sus hijos ricos de buenas costumbres y llenos de sabiduría, no recelando ya nada malo de ellos para lo sucesivo, así él deseaba ver á los suyos perfectos y firmes en la fe de Cristo para morir mas alegre. El no quería encomendar á Jesús sus hijos como un padre propio los encarga á un tutor, sino que quería entregárselos como un pedagogo ó maestro entrega los extraños que recibió á su propio padre; porque habiéndolos recibido temporalmente para instruirlos, quería entregarlos á Cristo, su padre propio y verdadero, perfectamente instruidos: por esto le preguntaba por medio de sus discípulos, á fin de que viendo por sus propios ojos sus obras y milagros, se instruyesen y creyesen.

El santo Precursor no dudaba que sus discípulos creían como otros muchos, que el que estaban esperando con tanta impaciencia, y que segun todas las apariencias juzgaban muy cercano, había de libertar al pueblo de Israel del yugo de los romanos, y había de sujetar á su imperio todas las naciones; pero conocía al mismo tiempo que era en vano cuanto les predicaba, y que no comprendían que de lo que se habían de libertar los hombres por el Redentor, era de la tiranía del pecado, y que su reinado sobre las naciones seria un reinado puramente espiritual. Costábales mucho trabajo conciliar las diferentes ideas que se formaban de Jesús cuando comparaban el soberano poder que ejercía sobre la naturaleza, con la vida sencilla que hacía entre los hombres. Los milagros que le veían obrar animaban su esperanza, y cuando le miraban mandar á las enfer-

[1] Div. Crisost. Hom. 27. Oper. imperf.

medades y á la muerte, á los elementos y á los demonios; se decían llenos de gozo: Este es sin duda el Rey que restituirá á su esplendor la monarquía de Israel; pero decaían de ánimo y se perturbaban al examinar su pobreza, la elección que hacia entre los pobres para sus mas confidentes y ministros, la debilidad aparente de que le miraban rodeado; y por esto quiso que del mismo de quien dudaban recibiesen el mas completo desengaño y la mas sólida y conveniente ilustracion. Así fué que á su pregunta no contestó el Salvador con palabras, sino que dió vista á muchos ciegos, salud á muchos enfermos, y libró de los demonios á muchos endemoniados; y después que á su presencia hubo obrado todos estos prodigios, les dijo: *Id y decid á Juan Bautista lo que habeis visto y oido. Decidle que cuando yo lo mando, los ciegos recobran la vista, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen y los muertos resucitan.* Decidle que los pobres, que son el desprecio del mundo, por mas miserables, ignorantes y groseros que sean, vienen á mí: yo les instruyo y ellos reciben y abrazan mi Evangelio, mientras que los sabios y grandes de la tierra no pueden comprenderlo ni resolverse á abrazar sus preceptos.

Ningun lenguaje mas elocuente ni otro modo de expresarse mas propio de la Divinidad que el de los milagros, para darla á conocer y autorizarla. Este fué siempre el que usó el Señor en las instrucciones que dió á los judíos durante su vida. Su Majestad, á mas, les ponía adelante en la santidad de sus costumbres, en la magnificencia de sus obras, en la sublimidad de su moral y en el sucesivo cumplimiento de las profecías, las pruebas mas incontestables de la verdad de su mision, y los motivos mas invencibles de la creencia que se le debía como á Cristo del Señor enviado de Dios. Después iba borrando suavemente de sus entendimientos las preocupaciones que los apartaban de su Majestad, y con lecciones proporcionadas á su estado, los preparaba para la inteligencia perfecta de su doctrina, que habian de recibir algun dia por la comunicacion de su espíritu. Los hombres sencillos, pero en realidad los mas sabios, que hacian triunfarse la impresion de sus milagros, el testimonio de sus virtudes y la voz de los profetas sobre sus antiguas preocupaciones, aunque no estuviesen aun enteramente ilustrados sobre todos los misterios,

se hicieron sus discípulos y amigos. Por el contrario aquellos que con las pretensiones temporales y con los fueros de la envidia se endurecieron contra la evidencia de los prodigios y contra el convencimiento de una virtud sin ejemplo, se cegaron tambien sobre el cumplimiento visible de las profecías. Estos fueron los incrédulos, ó por mejor decir, los insensatos que se declararon por enemigos suyos y fueron siempre sus perseguidores. Así que, el decir Jesús á los discípulos de Juan, *id y decidle lo que habeis visto*, equivalia á decir, *id y preguntad á vuestro maestro si después de todo eso es probable sea yo el Rey de Israel que debe venir; el anunciado por los profetas; ó si convendrá esperar á otro distinto de mí.*

Asimismo podia muy bien Jesucristo haberles añadido: Veis las obras, y no os queda la menor duda de su evidencia; pues por ellas podeis conocer cuál sea la grandeza y poder de su autor. Ved si hago todo aquello que vaticinaron los profetas habia de hacer el Mesías, y conoceréis si las obras dan testimonio de quién soy: si no quereis creerme á mí, dadme crédito por ellas. Vuestro maestro, vuestros doctores y escribas, vuestros padres y vosotros mismos, no ignorais lo que dicen los profetas del que ha de ser enviado: confrontad mis obras con sus dichos. Isaías os dejó escrito [1]: Decid á los pusilánimes: "Ea, buen ánimo, y no temais: mirad á vuestro Dios que viene á ejecutar una justa venganza: Dios mismo vendrá y os salvará. *Entonces se abrirán los ojos de los ciegos y quedarán expeditas las orejas de los sordos. Entonces el cojo saltará como el siervo, y se desatará la lengua de los mudos. . . .*" Tambien á vuestra vista habeis observado curados los leprosos: entendid pues el espíritu de esa otra profecía [2]: "Mas ay! ¿quién ha creído ó creará nuestro anuncio? ¿Y á quién ha sido revelado *ese Mesías, brazo ó virtud del Señor? . . .* En verdad que él mismo tomó sobre sí nuestras dolencias y cargó con nuestras penalidades; pero nosotros le reputamos entonces como un leproso y como un hombre herido de la mano de Dios y humillado." Los muertos han resucitado á vuestra presencia y se ha cumplido aquel otro oráculo [3]: "En aquel dia será cantado este cántico en tierra

[1] Isaías, cap. 35, v. 4 et seqs.

[2] Isaías, cap. 50, v. 1 et 4.

[3] Idem; cap. 26, vs. 1 et 19.

de Judá: Sion es nuestra ciudad fuerte; el Salvador será para ella  
 "mito y antemural. . . *Tus muertos, Señor, tendrán nueva vida;*  
*resucitarán los muertos míos por la justicia: despiertaos y can-*  
*tad himnos de alabanza, vosotros que habitáis en el polvo del se-*  
*pulcro; porque tu rocío, ¡oh Señor! es rocío de luz y de vida, y á*  
*la tierra de los gigantes ó impíos tú la arruinarás." En fin, os he*  
 encargado digais al Bautista que los *pobres evangelizan*; esto es,  
 son instruidos é iluminados por el Evangelio y se convierten á la  
 fe, para que se cumpla aquel otro dicho [1]: "Consuélate, ¡oh pueblo  
 "miol consuélate; porque he aquí lo que me ha dicho vuestro Dios:  
 "Habladle al corazón de Jerusalem, alentadla, pues se acabó su  
 "aflicción: ya está perdonada su maldad; ella ha recibido ya de la  
 "mano del Señor al doble por todos sus pecados. Ya oigo la voz  
 "del que clama en el desierto: Aparejad el camino del Señor, ende-  
 "rezad en la soledad las sendas de nuestro Dios. . . *Súbete sobre*  
*un alto monte, tú que anuncias buenas nuevas á Sion: alza es-*  
*forzadamente tu voz, ¡oh! tú que evangelizas á Jerusalem; alza-*  
*la y no temas. Dí á las ciudades de Judá: He ahí á vuestro*  
 "Dios: he aquí que viene el Señor vuestro Dios con infinito poder,  
 "y dominará con la fuerza de su brazo: mirad, él lleva consigo la  
 "recompensa para los que le sigan y tiene á la vista su obra. Esto  
 "es, *la redención del mundo."* Decid pues á Juan, que todo lo que  
 está escrito en los profetas que ha de hacer el Mesías, vosotros lo  
 habeis visto cumplido.

Pero el Salvador quiso cerrar su discurso con una brevísima in-  
 dicación, que fué como el compendio de cuanto acababa de decir.  
*Dichoso será, continuó, el que no se escandalizare en mí.* Esto es,  
 dichoso el que al ver mi pobreza y humildad no se escandalizase.  
 Dichosos los que, á pesar de las aperiencias llanas y sencillas que  
 desprecia la soberbia de los hombres, consultaren á los oráculos de  
 los profetas, escucharen el testimonio de mis obras y se rindieren á  
 la voz de mis milagros. Feliz y bienaventurado aquel que perse-  
 vere firme en la fe cuando me vea perseguido y oprimido de mis  
 enemigos, que en medio de mi sufrimiento nada pierda del afecto y  
 estimación para conmigo. Mas á pesar de tantas razones como en

[1] Idem. cap. 40, vs. 1, 2, 3, 9 et 10.

mi concurren para que creais que soy el Mesías tan esperado y de-  
 seado, hallo poca creencia entre vosotros. Convenceos y sabed, que  
 aunque obre milagros á vuestra vista como Dios, como hombre ten-  
 go de ser crucificado: guardaos pues bien de despreciarme en mi  
 muerte, ya que ahora admirais mi poder: con cuyas instrucciones y  
 decisivas respuestas se apartaron los discípulos de Juan de la pre-  
 sencia del Jesús.

Tan luego como se marcharon, empezó el Salvador á elogiar el  
 celo y las virtudes del Bautista de un modo sorprendente; pues en-  
 carándose con las turbas que á su alrededor estaban, comenzó á de-  
 cirles: ¿Qué pensais vosotros haber visto, cuando dejando vuestras  
 casas habeis ido al desierto á visitar á Juan? ¿Por ventura, habeis  
 visto un hombre inconstante en sus santas resoluciones, y ligero co-  
 mo una caña que á todos vientos se mueve? No por cierto, que el  
 símbolo de Juan nunca fué ese. El era una columna incontrasta-  
 ble que no se levantaba entre las prosperidades, ni caía desmayada  
 entre las adversidades, sino que tanto en lo próspero como en lo ad-  
 verso, siempre permanecía firme; en la prosperidad era humilde, en  
 la adversidad paciente; no temblaba por el temor ni se doblegaba  
 por la adulación; ni las gracias lo hacían liviano ó movedizo, ni la  
 venganza ni la ira exasperaban su corazón; con igual serenidad y  
 semblante recibía los que le alababan y los que le vituperaban.  
 Amaba igualmente á los amigos y á los enemigos, y con la misma  
 inflexibilidad y constancia argüía á los pobres y á los poderosos.  
 Juan no era pues una caña débil sacudida por el viento, á la que  
 pudiese doblegar la variedad de los sucesos [1]. ¿O acaso visteis  
 en él un hombre sensual, delicado, suntuoso y magnífico en sus  
 vestidos? Nada de esto visteis en él, ni nada de ello en el podáis  
 buscar; pues no ignorais que los que visten con delicadeza y pom-  
 pa no se encuentran en el retiro de un solitario, sino en las cortes y  
 palacios de los reyes. A este fin adulan muchos á los magnates, pa-  
 ra gozar de delicias viviendo con ellos; pero los hombres que aman  
 la justicia y la verdad, tales cosas aborrecen; y prefiriendo la nece-  
 sidad y la indigencia, aman la soledad y el retiro mas que el tumulto.

[1] Div. Crisost. Hom. 27. Oper. imperf.

to y el boato, sin que falten presuntuosos necios y temerarios que insulten la virtud que todo esto aborrece. El gran Diógenes, en cuyo pecho (aunque gentil) no cupo jamás la lisonja, fué insultado por un adulator de Dionisio, en ocasion que estaba lavando unas berzas para su puchero, el que le dijo: *Si quisieras adular á Dionisio no lavarías berzas*. A lo que replicó el filósofo: *Y si tú quisieras comer berzas no adularías á Dionisio* [1]. Digna respuesta de un sabio que nunca deberían olvidar los que se precian de hijos y discipulos de Jesús.

Es con todo necesario no desatender la contestacion del Salvador á su propia pregunta: *Los que visten con delicadeza y magnificencia habitan en los palacios de los reyes*: y no dijo en las de los pontífices y sacerdotes, porque estos no deben usar sino vestidos sencillos y humildes; vestidos que indiquen virtud y modestia, porque si el Bautista no los hubiese usado así nunca el Salvador le hubiera alabado. Cuán peligroso sea usar de cierta delicadeza en el vestir, lo expresó el Crisóstomo [2] diciendo: El vestido delicado destruye la fortaleza del alma; y si un cuerpo rígido y fuerte deja el vertido áspero que antes usaba, y toma otro mas liviano ó afeminado, fácilmente perderá por esta mollicie toda su fuerza y virtud. Afeminado el cuerpo, es preciso que la alma participe de esta blandura; y una vez dañada, todas sus obras participarán de las afecciones del cuerpo. Juan no usaba de vestidos magníficos y livianos, porque no sabia fomentar los vicios de los pecadores con la adulacion y lisonja, sino corregirlos y castigarlos con amenazas é increpaciones [3]. Es propia del predicador de la verdad la rigidez en la comida y la aspereza en el vestido; porque los que predicán la mentira, el engaño y el error, son aduladores que ansían las honras, ambicionan las riquezas, nadan en las delicias, halagan los vicios y los ungen con bálsamo en vez de punzarlos con el rigor de la predicacion [4]. Esto no fué nunca el carácter del Bautista.

¿Quién pues os parece que es este hombre á quien vosotros y otros muchos habeis salido á ver? Tal vez me direis que es un profeta;

[1] Horat. lib. I, epist. ad Senecam.

[2] Div. Crisostom. Hom. 29 in ep. ad Hebreos.

[3] Div. Gregor. Hom. 6 in Evang.

[4] Div. Hieronim. in cap. 11 Math.

pero yo os digo que es mas que profeta, y que es un ángel el que teniais delante de vuestros ojos. El es de quien escribió Malaquias [1]: "He aquí que yo envío mi ángel, el cual prepara el camino delante de mí; y luego vendrá á su templo el Dominador á quien buscáis vosotros, y el ángel del Testamento de vosotros tan deseado." Efectivamente, Juan mas es ángel que hombre; y os digo en verdad que entre todos los que hasta aquí nacieron de mujer, ninguno se ha levantado mayor que el Bautista, ni en el don de la profecía, ni en lo sublime del empleo, ni en la forma de vida toda celestial, ni en la abundancia de gracias de que fué lleno por el Espíritu Santo desde el vientre de su madre. Fué mas que profeta, porque profetizó de Jesucristo, y lo vió en espíritu y en carne; por lo que tan luego como Zacarías su padre recobró el habla, dirigiendo la palabra á su hijo recién nacido, le dijo: *Tú serás llamado profeta del Altísimo* [2]. Fué mas, no solo porque fué profetizado por el ángel, sino porque profetizó encerrado en el vientre de su madre, y fué el fin de todos los profetas que anunciaron la venida del Salvador. Fué mas, porque como dice san Gregorio [3]: El oficio del profeta es predicar y decir las cosas que han de venir, y no enseñarlas y descubrirlas de presente, y Juan hizo esto; á él solo fué dado ver lo que los otros no vieron [4]; y por un privilegio especial se le concedió ver y gozar lo que otros no vieron ni gozaren [5].

Fué llamado ángel y vaticinado como ángel, no por naturaleza, sino por oficio; pues el mismo Eterno Padre lo anunció así á su propio venidero Hijo, cuando hablando con él sobre su venida al mundo le dijo: *Yo envío mi ángel delante de tí*: esto es, mi embajador y mensajero Juan Bautista; el cual prevendrá tus caminos predicando el remedio de la penitencia y bautizando, para que las gentes se acostumbren al bautismo que tú has de establecer y abracen tu predicacion; y así como el oficio de los ángeles es revelar los divinos secretos, Juan reveló á las gentes todas el secreto de la Encarnacion, que el ángel san Gabriel solo había anunciado á María y á

[1] Malach. cap. 3, v. 1.

[2] Lucac. cap. 1, v. 76.

[3] Div. Gregor. Hom. 6 in Evang.

[4] Div. Ambros. in cap. 6 Lucac.

[5] Div. August. lib. II, contra litteras Petilian. c. 37.

José, á los pastores y á los reyes [1]. Y fué llamado ángel, por la pureza de la vida angélica que hizo en el desierto, por la virginidad que guardó y por la casi continuada contemplación en que siempre vivió. Con razon, pues, dice el Crisóstomo [2]: Bienaventurado fué Juan, que mereció tener al Salvador por pregonero de sus virtudes, diciendo: Que no se levantó alguno mayor que él entre los nacidos de mujer: mas no se entiende, continua el mismo doctor, que Juan fué mayor que todos, sino que ninguno de los mayores es mayor que él. [3]; de lo que se infiere que quiso Jesucristo igualarlo con todos. Pero no obstante esto, es preciso atender á lo que después añadió el mismo Salvador; á saber, que el mejor de los ministros del reino de Dios, esto es, de la Iglesia que iba á establecer, era mayor que Juan, por lo que mira á lo elevado de su cargo y á los misterios que habia de tratar. Verdad sublime que el mismo Hijo de Dios aprendió de su Padre, para revelarla á los hombres; por lo que dijo san Pablo á los romanos [4]: "Gloria á aquel que es poderoso para fortaleceros en mi Evangelio y en la doctrina de Jesucristo que yo predico, segun la revelacion del misterio, que después de haber permanecido oculto en todos los siglos pasados acaba de ser descubierto por los oráculos de los profetas, conforme al decreto del Dios eterno, y ha venido á noticia de todos los pueblos para que obedezcan la fe: á Dios dijo, que es el solo sabio, á él la honra y la gloria por Jesucristo en los siglos de los siglos." Y á los de Efeso les dijo [5]: "A mí el mas inferior de todos los santos se me dió esta gracia, de anunciar en las naciones las riquezas investigables de Jesucristo, y de ilustrar todos los hombres, descubriendo la disposicion del misterio que después de tantos siglos habia estado en el secreto de Dios, Criador de todas las cosas; el que puso en ejecucion por medio de Jesucristo nuestro Señor." Todo lo que confirmó san Juan [6], diciendo: "La ley fué dada por Moisés, mas la gracia y la verdad

[1] Ven. Bed. in cap. 6 Lucae.

[2] Div. Crisost. Hom. 27 Oper imperfect.

[3] Div. Crisostom. Hom. 30 in Math.

[4] Ad Rom. c. 16, vs. 25 et seqs.

[5] Ad Ephesios, c. 3, vs. 8 et seqs.

[6] Joan, c. 1, vs. 17 et 18.

"fué traída por Jesucristo. A Dios nadie le ha visto jamás: su Hijo unigénito, que desde la eternidad existe en el seno de su Padre, él mismo es quien le ha hecho conocer á los hombres." Y este mismo que se reputa el menor de la Iglesia que empezó en Abel, el primero de los justos, y durará hasta el postrero de los escogidos, era el propio Jesucristo; y así pudo decir con toda verdad, que era mayor que Juan [1].

Es indudable que entre Jesús y Juan no puede haber comparacion: otra es, y mas excelsa, la naturaleza del Salvador de los hombres, Criador de todos ellos, de los cielos y de la tierra, y de todo lo que hay en ellos, que la naturaleza del hombre y que todas las humanas; por consiguiente toda comparacion entre estos personajes seria injuriosa á Jesús, y debe desaparecer: seria mas injuriosa entre el Criador y la criatura, entre Dios y el hombre, entre el esclavo y el señor, y si Dios se humilló hasta tomar la humilde forma de esclavo para redimir al hombre, no es extraño que se llame el menor, y que así humillado diga que todavía es mayor que Juan.

Tambien alabó Jesucristo hasta el tiempo en que Juan habia nacido, porque era el de la misericordia y gracias del Señor; que fué el mas provechoso para el linage humano. El reino de Dios, esto es, la Iglesia, que ha de encerrar en sí el tesoro de estas verdades se, acerca, y el Salvador trabaja en establecerlo; pero solo se concede á los que se hacen fuerza y se vencen á sí mismos, para conquistarlo. Unos batallan por él y otros contra él; unos para ganarlo y otros para destruirle, si pudieran. Los que se hacen la guerra á sí mismos para domar sus pasiones, vencen los ímpetus de la carne y reprimir el orgullo y soberbia de su entendimiento, si tienen valor para vencerse y triunfar de sí mismo, lo arrebatan y conquistan, rindiendo su entendimiento á las verdades que encierra y conformando sus costumbres con las máximas y leyes que establece. Desde que mi precursor empezó á predicar, hasta el dia de hoy, batallan para destruirla los que hacen guerra á su doctrina, y en los corazones de los hijos de Jacob se han levantado contra ella violentas opiniones; pero no hay que temer que los ene-

[1] Div. Crisostom. Hom. 28 in Math.

Amigos de este reino puedan impedir que se levante y establezca, ni que puedan destruir sus fundamentos. Vosotros habeis tenido hasta ahora alguna leve conocimiento de esto por medio de la ley de los profetas, que os lo han dado á conocer desde lejos y como en medio de una nube. Mas ya va á suceder una ley nueva á la antigua. Pasó ya el tiempo de las profecias y tuvo su término en la venida del Bautista, profeta nuevo, que no promete, como ha sucedido hasta aquí, un bien futuro, sino que lo muestra presente, y un bien en el que se contienen todos los demás bienes. El reino de los cielos padece fuerza, dice san Hilario [1], para que se entienda que la gloria de Dios nuestro Señor es debida á los padres de Israel; y porque siendo denunciada y publicada por los profetas, ofrecida por Jesucristo á los hebreos, es ocupada y recibida la fe de los gentiles, cuando por la penitencia que san Juan predicó, caminando con fervor los fieles cristianos penetraron sus altas puertas, permaneciendo en ellas para siempre, así como quien ocupa un lugar ajeno. Mira pues qué varon tan grande es Juan, en cuyo tiempo tanta gracia fué derramada en la tierra [2], que lo que en dos dias de los profetas no se hizo, en su tiempo fué celebrado; y él fué escogido por la providencia del Altísimo para que fuese ministro de esta gracia. Desde los dias de san Juan fué abierto el reino de los cielos á los penitentes, de los cuales padece fuerza, y por fuerza se gana la victoria. Juan fué el primero que predicó esta penitencia, por cuya aspereza afigiéndonos con una fuerza loable que nos hacemos, y satisfaciendo á Dios por los pecados, arrebatamos con celoso esfuerzo el reino celestial y entramos en él casi como forzadores y no pererezos: esto es, como quien busca, arrebatamos aquello á lo que ningun derecho tiene, y lo que es legitima posesion de los ángeles que no puede el hombre nacido ganar en la tierra si no se hiciere fuerza muy cruel á su propia sensualidad; ganarlo domando y reprimiendo sus propios apetitos, y sometiendo los deseos de la carne á ley y fuerza del espíritu.

Oh! Grande violencia es preciso nos hagamos, exclama san Ge-

[1] Div. Hilar. Can. 11 in Math.

[2] Div. Crisostom. Hom. 28 in Math.

rónimo [1], nosotros engendrados en la tierra para buscar estando en ella la silla de los cielos y poseer por virtud lo que no tenemos por naturaleza. Y san Ambrosio añade [2]: Hagamos fuerza al reino de los cielos; que todo aquel que hace alguna con cuidadosos estudio, se apresura á hacerla y no se entibia por la pereza; y así la que hacemos á nuestro natural, es porque no se pierda en las heces de los bienes de la tierra, mas antes se haga esforzada violencia para llegar á las cosas de arriba. Cuando los pecadores vuelven á penitencia, entran como en lugar ajeno, y por fuerza arrebatan el reino de los cielos [3]. Pensemos pues de continuo los males que hicimos, y quebrantémonos siempre con lloros: arrebatemos por la penitencia la heredad de los justos que el Todopoderoso se complace en padecer de nosotros tal fuerza, porque quiere que el reino de los cielos sea arrebatado por nuestras lágrimas, aunque no sea debido á nuestros merecimientos.

Sabed por tanto, continuó el Salvador á las turbas, sabed que el tiempo de las promesas solo duró hasta Juan Bautista: después de su predicacion la verdad debe ocupar el lugar de las figuras, y todas las promesas deben tener su debido cumplimiento. Juan fué en cierto modo un medio entre el Evangelio y la ley, y si lo conoceis bien vereis claramente que es el último de los órganos de la ley y que ya llegó el reino del Mesías. Mas no se entienda por esto que entonces se anularon y deshicieron los profetas y la ley, sino mas bien que fueron cumplidos: entonces se les quitó la imperfeccion y comenzó á predicarse la perfeccion del Evangelio. Así san Juan fué principio del Evangelio y fin de la ley y los profetas, porque allí se acababan la ley y la profeta donde se cumple lo que fué profetizado y prefigurado. La ley y los profetas anunciaban, y prefiguraban al Redentor, y es tan cierto que todo se cumpliô en Juan, que él solo fué el que dijo: *Ved ahí al Cordero de Dios, ved ahí el que quita los pecados del mundo.* La ley y los profetas, segun Beda [4], duraron hasta san Juan, porque no pudo ser mas tiempo

[1] Div. Hieronim. in cap. 11 Math.

[2] Div. Ambros. in cap. 7 Lucae.

[3] Div. Gregor. Hom. 6 in Evang. lib. XXI Moral. innumer. tit. 43.

[4] Ven. Bed. in cap. 7 Lucae.

profetizado que habia de venir lo que en sus dias estuvo completamente realizado. San Agustin esfuerza mas esta reflexion diciendo [1]: Entre todas las autoridades divinas, el Evangelio es con razon la mas excelente, porque lo que la ley y los profetas dijeron mucho tiempo antes que habia de venir, todo se muestra ser dado y cumplido en el Evangelio de la ley de gracia: por esto no cuidamos de guardar los sacramentos que en la ley y los profetas se dieron al pueblo de Israel, porque se mudaron ya en otros misterios mas claros: tenemos la verdad de la fe que para ellos estuvo oculta, y hemos recibido la realidad de todo aquello que en figura fué anunciado. De lo que se sigue [2] que si el fin de las antiguas promesas es Juan, y él es á quien se ordenaban, él es indisputablemente el principio de la bienaventuranza que se esperaba. Hasta que vino se alimentó el mundo con la esperanza, después se gozaron y poseyeron las cosas prometidas.

De la grandeza, excelencias y dignidad de Juan habla elegantemente san Bernardo, y dice [3]: Juan es en todo lugar mayor, y en todas las virtudes y gracias, singular y maravilloso sobre todos. ¿Quién fué como él anunciado por un ángel, con tantos prodigios y tantas demostraciones de favor y de gloria? ¿Quién fué como él tan lleno de la gracia del Espíritu Santo desde el vientre de su madre? ¿De quién de los mortales se lee haber saltado como él de gozo encerrado en la cárcel estrecha del útero materno? ¿Cuándo habeis visto celebrar la Iglesia el nacimiento de alguno de todos sus santos sino el de Juan? ¿Quién como él codició el retiro y la soledad, y marchó á ella tan temprano? ¿De quién se lee el haber conservado y hecho una vida tan alta y perfecta? ¿Quién fué el primero que predicó el remedio de la penitencia y el reino de los cielos? ¿Quién mereció tener la dicha de bautizar con agua al que venia á bautizar todo el mundo con su sangre? ¿A quién se manifestó primero y se reveló con tanta claridad el misterio de la Trinidad Augusta? ¿A quién honró Dios dándole un tan público y auténtico testimonio de sí mismo? Juan fué patriarca, y aun fin y

[1] Div. August. lib. II de Consesu Evang.

[2] Div. Crisostom. Hom. 36 in Math.

[3] Div. Bernard. serm. de Nativ. S. Joan Baptiste.

cabeza de todos los patriarcas. Fué profeta y mas que profeta, segun el testimonio del Salvador. Fué ángel, y entre todos los ángeles elegido de un modo muy particular. Fué apóstol, y entre los apóstoles el primero y principal, porque fué enviado por el mismo Dios para que fuese el primer pregonero y anunciador de su venida al mundo. Fué evangelista, pues fué el principiator del Evangelio del reino. Fué virgen, y la regla y forma de la virginidad, y el ejemplar mas admirable de la castidad y limpieza. Fué mártir, la lumbre del martirio y el ejemplo admirable de la constancia y fortaleza de los mártires. Fué la voz del trueno que clamó en el desierto y ateró al mundo. Fué el precursor, el adelantado del Juez y el pregonero incansable de la omnipotente palabra. Fué Elias en el espíritu; la antorcha ardiente que brillaba á la vista del esposo y anunciaba su venida; y en fin, es tal su dignidad y altura á la presencia de Dios, que colocado entre los nueve coros de los ángeles ocupa un lugar muy distinguido entre los mas abrazados serafines. Hasta aquí san Bernardo.

El Salvador cerró el elogio de su precursor santo con una de aquellas locuciones ó frases con que acostumbraba admirar y confundir la necia presuncion de los escribas y doctores de la ley: *Oiga, pues, dijo, todo aquel que tenga orejas para oír.* Iba á proponer á las turbas una cosa ardua, muy alta y figura de otra, y era preciso mover el entendimiento de los que oían para que la entendiesen, y convidar la voluntad para que la pusiesen en obra, animándoles á la penitencia con el ejemplo de un gran profeta representado en Juan. No ignorais, les dijo, que uno de vuestros profetas tiene anunciado [1] que Elias parecerá igualmente antes de Cristo, y este Elias es tambien el Bautista: él tiene su espíritu y austeridad de vida, manifiesta su ardor y celo, y ejerce sus funciones y ministerios. Bastante os he dicho para persuadiros que esteis atentos y que no os dejéis cegar por las vanas preocupaciones de vuestros escribas. No hay duda que Juan fué muy semejante á Elias en tres cosas: primera, en la aspereza de la penitencia; porque si este era muy velloso, traía un vestido áspero y ceñía sus lo-

[1] Malachie, cap. 4, v. 5.

mo: con una cinta de piel: Juan vestía una túnica de pelos de camello, y con una cinta de cuero ceñía su cuerpo como aquel. Segunda, en la firmeza y constancia. De Elías se dice, que con todo esfuerzo reprendió á los reyes Acab y Ococías, y Juan reprendió con no menor valentía al incestuoso Herodes. Y la tercera es, que así como Elías ha de ser el precursor de la segunda venida de Cristo y ha de predicar á todos la penitencia y la verdad para reunir el corazón de los padres con el de los hijos y el de estos con el de aquellos, para que el Señor no hiera la tierra con su anatema, así el Bautista llegó antes de la primera venida del Salvador, preparó su camino por la predicación de la penitencia, para hacer merecedores á los hombres de la misericordia y gracia de Dios.

Pocos, ó por mejor decir, raros y aun rarísimos son estos ejemplares en el mundo. La gran falta que hay de hombres que reprendan con ardiente celo los vicios, ha dado lugar á que se multipliquen tan extraordinariamente las iniquidades; á que la ambición y la codicia se extendiese por toda la superficie de la tierra, y la pobreza, la parsimonia y la virtud, se desterrasen y desapareciesen; á que sean tantos los soberbios, orgullosos, livianos y avaros, y á que sean poquísimos los imitadores de Elías y Juan, y de los demás moradores de los desiertos. ¡Cuándo se convencerán los hombres de la inestabilidad de las cosas humanas! ¡Cuándo colocarán enteramente su esperanza en el Señor! No se ame ya mas al mundo ni se espere en él. Su esperanza engaña, su amor envilece. Solo el amor de Dios es el que llena. Llévanos á tí, Jesús amantísimo, y cumple en nosotros el misterio de la santificación anunciado por el Bautista, porque tú solo eres el que la puedes cumplir y llenar con tu caridad y misericordia infinita.

## ORACION.

*Soberano Señor y Redentor mio Jesucristo, porque tú eres el que has de venir á salvarnos, y no esperamos á otro; concédenos que presos de tu amor y temor salgamos de la vanidad, y de la vestidura de la sensualidad al desierto de la penitencia, y enseñanos por tu misericordia á formar dentro nuestro corazón la idea*

*necesaria para convencernos de que tú eres la verdad, por la cual los ciegos ven, la caridad con que andan los que son cojos en tu santo amor, la humildad con que se limpian los leprosos de soberbia y otros vicios, la palabra que haces oír á los sordos, la vida que resucita á los muertos, y eres en fin la virtud por la cual son ilustrados y alumbrados los pobres, para que todos se conviertan á tí: sáname, Señor, de todas mis espirituales dolencias, para que te ame y te goce por los siglos de los siglos. Amen.*

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el XI del Evangelio de san Mateo, desde el v. 3 hasta el 15. Y en el VII de san Lucas desde el v. 19 hasta el 29, ambos inclusive.

La Iglesia usa del texto de san Mateo como propio de la Dominica II de Adviento; dice así:

## EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA II DE ADVIENTO.

*San Mateo, cap. XI, v. 3 al 15.*

En aquel tiempo, habiendo oído san Juan, que se hallaba en la cárcel, las obras de Cristo, envió dos de sus discípulos á preguntarle: ¡Eres tú el que ha de venir, ó esperamos á otro? A lo que Jesús les respondió: Id, y contad á Juan lo que habeis oído y visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, el Evangelio es anunciado á los pobres, y bienaventurado aquel que no tomare en mí ocasion de escándalo. Luego que ellos se fueron, comenzó Jesús á hablar de Juan al pueblo, diciendo: ¡Qué es lo que salisteis á ver en el desierto? ¡Alguna caña que á todo viento se mueve? ¡Pues qué salisteis á ver? ¡A un hombre vestido con lujo y afeminacion? Ya sabeis que los que así visten, en los palacios de los reyes están. Mas ¡qué salisteis á ver? ¡A algun profeta? Sí, yo os lo aseguro; mas es que profeta. Porque él es de quien está escrito: He aquí que yo envío mi ángel delante de tí, el cual te preparará el camino. (Hasta aquí el Evangelio de la misa.)

En verdad os digo que no ha salido á luz entre los hijos de mu-

eres alguno mayor que Juan Bautista; si bien el que es menor en el reino de los cielos, es superior á él. Y desde el tiempo de Juan Bautista hasta el presente, el reino de los cielos se alcanza á viva fuerza, y los que se la hacen á sí mismos, son los que lo arrebatan. Porque todos los profetas hasta Juan, y tambien la ley, prenunciaron lo que habia de venir: y si quereis entenderlo, él mismo es aquel Elías que debia venir. Entiéndalo pues el que tiene oídos para entender.



## CAPITULO XV.

REPRENDE JESUS SEVERAMENTE ALGUNAS CIUDADES OBSTINADAS EN LA INCREDULIDAD: CONVIDADO A COMER EN CASA DE SIMON FARISEO, DURANTE LA COMIDA ENTRA UNA MUJER PECADORA, LE UNGE LOS PIES, Y EL SEÑOR LA PERDONA SUS PECADOS.

Acabó Jesús el elogio de su santo precursor, y una gran parte de sus oyentes dieron públicas señales de gozo y contento, al paso que otros que se creían los mas instruidos, se mostraron como displicentes y pesarosos de haberlo oido. Es cierto que la inteligencia del discurso del Salvador no estaba al alcance de todos, porque pedía para comprenderle un entendimiento sano y un corazón puro; y los mas de ellos estaban sobremanera preocupados y tenían el corazón emponzoñado con la envidia, porque no podían contradecir las doctrinas de tan divino Maestro, ni destruir la prueba robustísima de los milagros con que las confirmaba y autorizaba. El pueblo sencillo y los publicanos componían la mayor parte del concurso; los escribas y fariseos la menor; y sobre esta division cae la reflexion ú observacion prudente de san Lucas [1] cuando dice: Los publicanos y el pueblo *confesaron* con sus obras cuánta habia sido la sabiduría de Dios enviando al Bautista delante del Mesías; cuya expresion traduce Theophilacto [2]: *Glorificaron á Dios*; pues recibiendo el bautismo del primero y haciendo penitencia

[1] Lucæ cap. 7, vs. 29 et 30.

[2] Theophil. in cap. 7, Lucæ.